

Julián Peregrino

Adrián Pérez de Vera, FRC

Julián Peregrino

Ediciones Rosacruz, S.L.



Ediciones Rosacruces, S.L.
Apdo. de Correos 199
08140 Caldes de Montbui
Barcelona (España)

© de la Orden Rosacruz AMORC
Gran Logia Española

ISBN: 84-95285-18-5

Depósito Legal:

Impreso por: Publidisa

Primera Edición: Julio 2011

Barcelona (España)

Colección Espiritualidad

www.edicionesrosacruces.es

info@edicionesrosacruces.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Agradecimientos

Al frater Mainardo por la elaboración de la portada y la interpretación que le dio, lo cual refleja fielmente el contenido de Julián Peregrino. Al frater Rafael S. S., porque fue el primer promotor de la publicación de esta pequeña obra. A la soror Teresa Simal por su gran trabajo de corrección y consejos. A la soror Aurora por la realización del prólogo.

A mi nieto Noah quien me enseñó a decir te quiero. A mis nietas Idaira y Anya por el amor y la alegría que me dan.

Santa Cruz de Tenerife, 6 de julio de 2011

Las ideas y opiniones expresadas en la presente obra corresponden exclusivamente al pensamiento de su autor y pueden no representar la postura oficial de la AMORC.

PRÓLOGO

Julián Peregrino nos conduce por el camino de la búsqueda; una búsqueda que lo va a enfrentar a esos dos aspectos de cada uno de nosotros a los que llamamos consciente y subconsciente.

En su aspecto consciente Julián se considera lógico, sensato y poco dado a creérselo todo, pero... también es un buscador. Así pues, cogido de su mano nos dirigiremos a encontrarnos con el otro aspecto de nosotros, tan valioso y sin embargo muchas veces tan rechazado y es que, como nos dice Julián, hay que pasarse tiempo en sanctum, hay que experimentar, hay que darle sentido a la vida que cada uno vive.

A Julián la vida le tiene que ir dando una serie de experiencias que acabarán hermanando su lógica y razón con aquello que «Es»; aunque nos pueda parecer raro o difícil y tengamos que encontrarnos con esas oscuras noches del alma.

Al final sale recuperado y con un buen bagaje sobre sus espaldas y como se ha convertido en un maestro nos comunica sus experiencias y su evolución.

En un momento de su vida Julián hace un testamento y le lega al mundo sus despojos. Hoy hace otro testamento y nos lega su libro como un manual que podamos consultar.

Para ti Adrián, creador de tus julianes, maestro, frater y amigo, darte las gracias en nombre de muchos por la manera que tienes de ir compartiendo los productos de tu peregrinaje.

La vida sigue y pienso que Julián Peregrino tendrá todavía algo más que contarnos...

Solo me falta dar las gracias al frater Mainardo por su portada y esclarecedora explicación ya que es una lección que a todos nos sirve.

Aurora Pérez, SRC
Los Silos, Tenerife, 24 de abril de 2011

CAPÍTULO I

Del Atrium a la Logia

Una fina lluvia empujada por una fuerte brisa arrastraba a su paso hojas danzarinas. Las luces de la calle reflejaban albinos espectros que se deslizaban ociosos hasta el mojado asfalto donde desaparecían caprichosamente. La noche era fría y desagradable y mantenía a la gente acurrucada en sus hogares.

De no ser por las desapacibles condiciones meteorológicas que se habían apoderado de Caracas, podría decirse que se trataba de un viernes cualquiera. Sin embargo, Julián, un isleño afincado en Caracas, se sentía de una forma especial. Era viernes, y a él le daba lo mismo si el cielo estaba azul o gris. Gozaba por igual cualquier tiempo. Cuando la ciudad se llenaba de nubarrones también era capaz de sentir una paz especial. Se juntaban dos circunstancias que lo ponían contento a la vez que melancólico y sereno. Mientras otros podían pensar que aquel viernes era tenebroso, para él significaba algo que nunca supo explicar.

Julián, un hombre reflexivo y analítico por naturaleza, también es un poco plano en sus manifestaciones emocionales, por lo que ese día como otros tantos tampoco manifestó a su esposa ni a sus hijos aquella sensación que estaba sintiendo. Su mente se dilataba y la serenidad le iba envolviendo con una expectación fuera de lo normal.

—¿Vas a salir esta noche?—preguntó la esposa.

— ¡Claro! Sabes que los viernes tenemos reunión.

La respuesta de Julián contenía un conocimiento previo, como si fuera usual que todos los viernes saliera a una cita predeterminada. Se despidió de su esposa y besó a sus hijos. Buscó en su bolsillo las llaves del automóvil y, una vez que comprobó su presencia, cerró con dificultad la puerta al salir.

Traspasó el portal y de nada le sirvió el paraguas; la lluvia, empujada por el viento, venía de frente y mojó sus gafas y la carpeta con la que siempre se acompañaba.

Condujo su coche por la avenida Urdaneta y Libertador, ambas llenas de hojas recién caídas. Enfiló por la calle Real de Sábana Grande e infinidad de luces, vestidas de múltiples colores provenientes de los avisos luminosos o del faro perdido de algún coche solitario que interrumpía con su ronquido el silbido del viento, le salían al paso en aquella noche de trópico otoñal.

Media hora después, estacionó su vehículo en un pequeño callejón medio alumbrado por una luz mortecina. En la penumbra, cerró la puerta del coche y lo rodeó para dirigirse a una puerta cercana.

Una vez ante la puerta, la golpeó tres veces con un golpe separado del otro, como si de esa manera indicara su calidad de huésped. Un par de minutos después, apareció un hombre joven que le abrió el portal. No se hablaron. No hubo otra comunicación que una sonrisa.

José, el joven que acababa de abrirle, un filósofo profundo a pesar de su juventud, se dirigió a una escalera estrecha de madera que dejaba oír su queja bajo el peso de los dos cuerpos: el suyo y el de Julián, que le seguía. Al final de la escalera, llegaron a otra puerta donde el joven volvió a tocar con otros tres golpes espaciados. Una anciana-

na de blancos cabellos les abrió sonriéndoles y se hizo a un lado para que pasaran.

Si no fuera por la sonrisa que se transmitían mutuamente y por el fulgor de la mirada al encontrarse, podía pensarse que eran extraños, pues ninguno se exaltaba en un saludo forzado como los exhibidos en reuniones sociales, pero la complicidad de sus miradas delataba que se conocían muy bien y sabían porqué estaban allí.

Por fin, llegaron a una estancia un tanto peculiar donde encontraron a otro anciano, Miguel, que no se movió de donde estaba. Simplemente levantó su mirada sobre los papeles que leía y sonriendo volvió a bajarla como si nada hubiera pasado. Era el compañero de María, la anciana de blancos cabellos. Ambos contaban con más de setenta años, pero tenían tal reflejo de juventud en sus rostros que podía confundir a cualquiera que les mirara. Poseían una claridad mental que se asemejaba a la de los niños, y a pesar de los años, tenían el don de la espontaneidad, el de la pureza y el de la ingenuidad, características típicas de las almas que todavía no han sido educadas en los conflictos de los mayores. José, por su parte, poseía dominio de la vida y trataba temas tan trascendentes que bien podía decirse que era un viejo en vez de un joven. Julián, con sus cuarenta años, deseaba tener el conocimiento de José y la espontaneidad sosegada de María y de Miguel, cualidades que le costaba adquirir ya que era persona acostumbrada a reflexionar antes de hablar. No obstante, sabía adaptarse a diferentes caracteres y a personas de distintas edades. Solía sacar provecho de cualquier buena relación y acostumbraba a encontrar un guía en cualquier parte, incluso en personas no instruidas: niños o viejos que van por el mundo sin darse cuenta de que poseen una sabiduría universal.

La estancia en la que estaban los cuatro amigos tenía seis sillas dispuestas alrededor de una mesa redonda y vacía. Todo extremadamente sencillo, sin decoraciones ni adornos o cualquier otra clase de utensilios que suelen encontrarse en otras mesas. Alrededor de las sillas, había un espacio de unos dos metros por su lado más angosto que no estaba ocupado por mueble alguno. Solamente una repisa con una cruz y dos velas delante de un espejo rompían el vacío de la estancia. También había una mesita en un rincón con una pequeña lámpara que iluminaba tenuemente la habitación y proyectaba las sombras agigantadas de los cuatro amigos. Gracias a esta tenue iluminación, se podía ver más claramente una serie de utensilios colocados sobre la rinconera. Destacaban una concha marina que hacía las veces de incensario, una cajita de incienso, cerillas y un porta velas cubierto de cera, prueba de las muchas veces que había sido utilizado. Cuadros con alegorías que indicaban la existencia de otros mundos colgaban de la pared. Uno de aquellos cuadros le llamaba poderosamente la atención a Julián. Tanto que le había inducido a profundas reflexiones. Se trataba del cuadro de un pintor anónimo donde aparecía un viejo sillón gris manchado de rojo, al fondo una mesa con varias hojas apiladas, bocetos quizá, un tarro lleno de pinceles y un caballete que le resultaba lo más curioso e interesante del cuadro, pues, en vez de un lienzo, contenía un espejo.

Los cuatro amigos se habían sentado alrededor de la mesa. Miguel había abandonado la lectura. María había colocado el porta velas, el incienso y las cerillas cerca de ella. José sacó de su bolsillo una pequeña Biblia que colocó en la mesa. Todos miraban a Julián, pero fue Miguel quien dijo:

—Se ve que te traje el viento.

Y sonrieron al ver pelos revueltos de este isleño afincado en Caracas.

—Vaya noche —se limitó a decir él.

—Yo traje a María. Si hubiera venido sola, estaría aún volando —comentó José.

—¡Ella siempre vuela sin necesidad de viento!—añadió Miguel.

Al escuchar este comentario del esposo de María, Julián no pensó en el tamaño de la anciana, sino en su capacidad de proyectar su conciencia a lugares remotos.

—¡Comencemos, ya es la hora!—señaló José al tiempo que colocaba una vela en el centro de la mesa y apagaba la lámpara dejando a oscuras la habitación.

El silencio del momento les permitió escuchar el murmullo de la calle. Un chasquido rompió el encanto y enseguida todos miraron hacia aquella pequeña luz de la cerilla que se acababa de encender. Acercó la llama al pabillo de la vela con lo cual produjo otra llama mayor, como si la vida se hubiera unido a la vida, luego, humedeciendo los dedos apagó la cerilla. La llama de la vela era ahora la única iluminación de la estancia, pero a pesar de su pequeñez, había atraído la atención de todos los ojos que ahora se posaban en ella. La llama, contenta de tener robadas las miradas se puso a danzar de un lado a otro para inmediatamente crecer agigantándose, como si quisiera tocar el techo. Luego, tranquila, equilibró su tamaño quedándose muy serena.

Acto seguido, José sacó un cono de incienso que encendió en la vela y colocó muy despacio sobre la concha marina. Lo hizo como si mimara aquel pedacito de incienso que ardió lentamente, desprendiendo sus misterios, su humo y su aroma. Éstos, inseparables y separados, comen-

zaron su danza melancólica invadiendo la habitación, penetrando hasta el último resquicio y subyugando el ánimo de los cuatro amigos.

Todos tomaron una profunda respiración, como si fuera la primera vez que respiraban en su vida. Retuvieron el aire y después de unos segundos espiraron suavemente. Sin prisas y con los párpados cerrados, se fue produciendo en ellos un estado de paz. El perfume del incienso parecía acallar sus células y todos sus órganos. Era tal la quietud que habían logrado que casi no oyeron a Miguel cuando les dijo:

—Hermanos, sentémonos relajadamente, inspiren y relájense. Escuchen mi voz. Esta noche voy a referirme al Evangelio según San Mateo, pero antes, trabajemos: enviemos mensajes de paz a toda la humanidad, sin distinción de clases, razas, creencias o ideales políticos, todos son nuestros hermanos. Véanse en el fondo de un lago profundo de aguas limpias, allí todo es quietud, nada hay excepto vosotros y estáis solos con el Ser, un Ser luminoso, lleno de paz... Sientan la paz...Y ahora visualicen la tierra y háganla ascender rodeada de una luz dorada que sale desde el centro de vuestros corazones. Esta paz que estáis sintiendo, enviadla a todos los seres sobre la faz de la tierra. Poco después Miguel dejó de hablar y todos quedaron en meditación. Bueno, que alcanzaran la verdadera meditación, aquella que se alcanza cuando nuestra mente subjetiva está totalmente relajada y no visualiza, ni reflexiona, ni está concentrada en cosa alguna. Es algo que no puedo asegurar.

El ritmo respiratorio les cambió.

Miguel esperó aún varios minutos. Después, dijo: